

# UN ITINERARIO DE LOCURA



## INTRODUCCION

...Yo llego hasta vosotros. Subo a la tribuna de esta bella sala del Palacio Provincial; mentiría si dijese un poco, sino bastante acobardado. Vengo con el título de una elección que creo (y no es por modestia) sinceramente inmerecida. Pero llego, sí, con ánimo de cooperación, que me responsabiliza y que, sin duda, hará agradable, pero también hará más pesado mi esfuerzo.

Creo que la Institución Fernán González, si bien es todavía joven, está en principio, como es lógico, llamada a sobrevivir a todos los que actualmente la constituimos. Así pues, los nuevos académicos nombrados llegamos aquí para relevar, en parte, a unos queridos difuntos que dejaron vacantes sus puestos. Entramos, pues, como centinelas a un puesto de guardia, para que otros, a la vez, nos releven en su día, porque es rapidísima la carrera de la vida.

Los muertos que aquí nos precedieron trabajaron y nos entregaron la antorcha encendida. Estamos, por lo tanto, en este acto en su comunicación directa, quién sabe si presentes aquí entre nosotros en una especie de comunión con sus almas.

Yo les recuerdo ahora a todos, pero especialmente a los más recientes, a los que, precisamente, hemos venido a sustituir; a Gonzalo Miguel Ojeda, a José Pérez Carmona, que es el que concretamente yo sustituí, y últimamente a nuestro presidente Rafael Ibáñez de Aldecoa. Con Carmona cooperé algunas veces, habiéndome ayudado también no pocas en mis trabajos. Nos comunicábamos nuestras correrías arqueológicas en templos y lugares olvidados de esta región, y en ciertas ocasiones los recorrimos juntos.

Con este sentimiento de no representar yo en esta Institución otra cosa que el más tosco de sus eslabones o enlaces, con el pensamiento profundo en los que se fueron, llamados por Dios a la única y verdadera de las supervivencias, han de estar inspiradas mis palabras, que, como mías, carecen en absoluto del don de la elocuencia, tan necesario para hacer amena una charla, y, apesar de ello, vosotros habéis venido para tener la benevolencia de escucharme.

A todos los aquí presentes, a los compañeros, a nuestro secretario perpetuo Ismael García Rámila, y a Julián Lizondo, que de ambos tantas atenciones he recibido; a todos os doy las gracias. Y vamos a entrar en la materia de nuestra disertación...

\* \* \*

Entre los diversos temas posibles a considerar, me había subyugado el de esta sociedad burgalesa de comienzos del siglo XVI, mezcla extraña de corte hispana-flamenca de judíos practicantes, de judíos conversos, de ricos mercaderes y de frailes humanistas. Era el Burgos de la Castilla renacentista, de la España pretridentina. Abarcar un estudio de todos esos conceptos me paeció tarea por encima de mis posibilidades. Animado, no obstante, tuve la vana pretensión de comenzar por algo, y se me ocurrió entrar en un archivo de la ciudad pidiendo legajos o manuscritos de aquella época. Pronto me dí cuenta que no estaba en condiciones de llevar a cabo fácilmente, en este aspecto, nuevas investigaciones históricas que no hubiesen sido ya hechas, por lo que me he de contentar con el ensayo de una síntesis filosófica de aquel momento histórico burgalés. Iba mejor a mi carácter. Además, filosofar es tanto como aprender a morir, y a mi edad es justo y prudente que esta lección se aprenda,

Sin comprender gran cosa de la escritura de aquellos manuscritos, empecé a meditar sobre ellos, porque creí ver en su trazado más de arte que de relato. No hay nada como el arte que nos revele la profundidad de las cosas. Para el resto me apoyaría simplemente en la historia.

En efecto, aquella escritura parecía tener la gracia artística de un grafismo musulmán, acaso hebreo, redactado, sin embargo, en un castellano castizo. Supuse, entonces, que los escritores burgaleses de comienzos del siglo XVI, debieron pertenecer a la aljama de la ciudad. La judería de Burgos debió ser importante, distinguida y cultural. Hay quienes, por otro lado, dicen que la escritura árabe y hebrea tiene cierto sentido teológico. Los judíos de Burgos eran finos

y cultos (1), y de ellos salieron conversos extraordinarios, que influyeron no poco, humanísticamente, en las artes y en las letras de la ciudad, como los Santa María y Cartagena, descendientes de Selemoh Ha Levi (2) o el poeta también burgalés, y de no menor origen hebraico, fray Iñigo López de Mendoza (3), requeridor de monjas bellas, joven, según dicen, galante y atildado.

Me deslumbraba, en efecto, aquella encrucijada de la historia, precisamente la de esos primeros años de los mil quinientos... Me apasionaba, a pesar de no ser yo muy erudito en la materia, al menos con el conocimiento que se me podía presumir por estar en esta tribuna, Me deslumbraba, repito, porque en ese momento es cuando se concentran, y de ellas se desprenden una serie de experiencias humanas que confirman en la historia su alto sentido filosófico, su evolución constantemente activa en algo así como una dirección definida hacia un movimiento o síntesis ahora más claramente perceptible (considerado desde la aparición de la cristianidad), y es precisamente aquí en Burgos donde yo no sé por qué aparecen más diáfanos sus símbolos.

Recorro con frecuencia estos caminos de mi tierra y presiento en ellos la huella de una forma neta trascendental, que por aquí ha transcurrido, que volverá a pasar y que es una especie de eslabón o enganche

(1) Judería de Burgos.—Dice Alvar García de Santa María, que hubo en esta ciudad una cátedra de estudios Talmudicos en el siglo XIV. Varios médicos salidos de la judería se hicieran célebres durante el siglo XV, entre ellos los Monçoniego al que le pagaban 500 maravedís al año y asistía a los cristianos, no obstante la prohibición.

En vísperas de la expulsión, el año 1492 la judería se hallaba decadente.

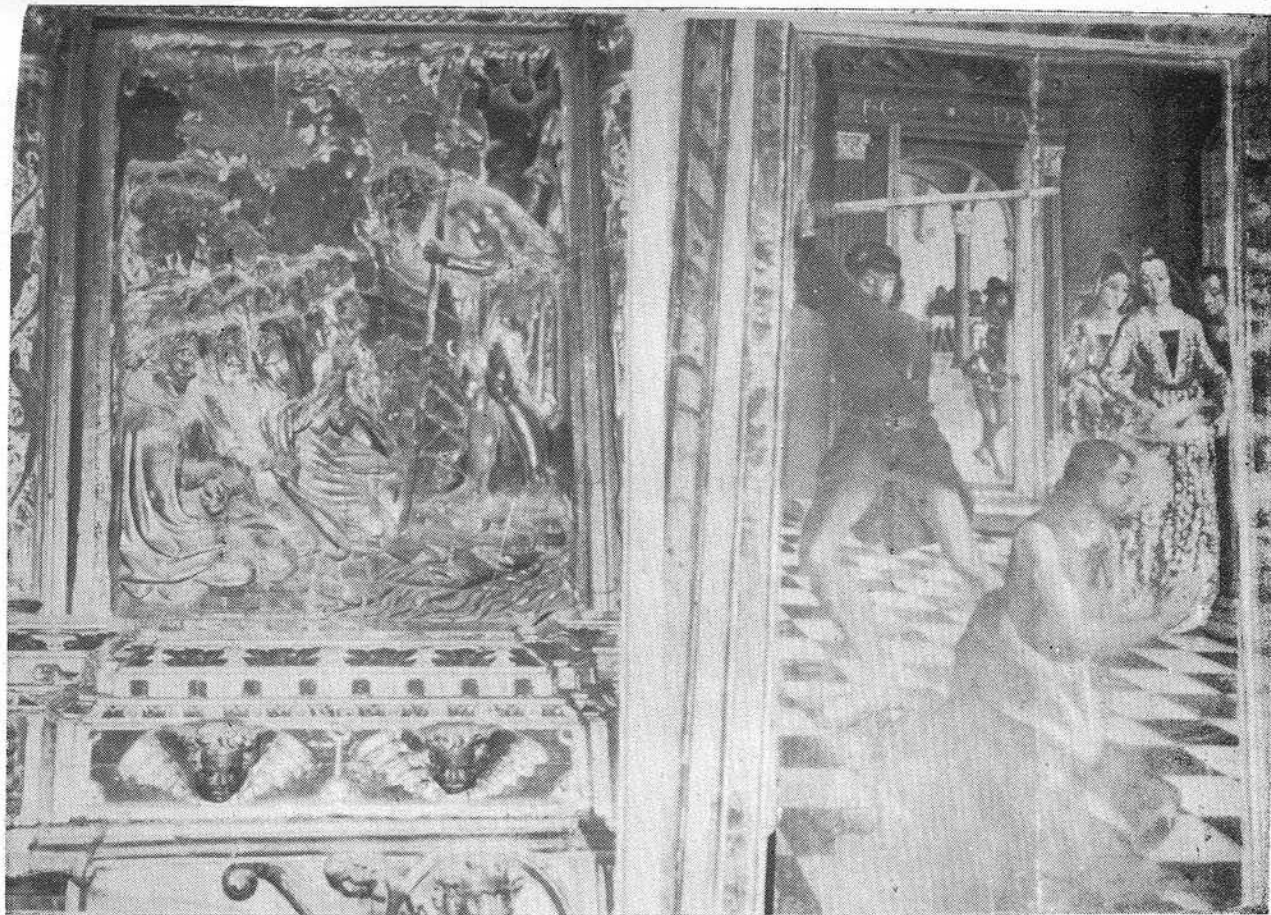
Había unas casas que llaman de la villa nueva, lindantes con las del judío Rabi Samuel que era también médico. El apellido de los Villanuevas proviene acaso de vecinos a este barrio judío.

(2) Selemoh Ha Levi.—Se cree que le convirtió San Vicente Ferrer. Al bautizarle le pusieron el nombre de Pablo de Santa María, y fue el primer ascendiente de esta ilustre rama. Yo he oído decir a Marceliano Santa María, pintor burgalés contemporáneo, que sus ascendientes provenían de esta familia de Selemoh Ha Levi, y que recordada al abuelo con un distintivo judío de tradición como era llevar el hombre un pendiente en la oreja.

(3) Fray Iñigo López de Mendoza.—A mediados del siglo XV nace en Burgos Fray Iñigo López de Mendoza donde viven sus padres Diego Hurtado y Juana de Cartagena. Afirma Menéndez y Pelayo que el oscuro trovador Vázquez de Palencia criticó a Iñigo por su gala y atildamiento impropio de un religioso, en estos versos: «Este religioso santo metido en vanos placeres — es un lobo en pardo manto — ¿Cómo entiende y sabe tanto del trato de las mujeres?»

Más le valdría (dice otra copla) non las monjas requerir — muchas veces a menudo...

Sin embargo, Isabel la Católica le alaba, y no era esta amiga de alagar a un fraile amigo de afeites y bailes que trocase el convento por el galanteo de damas.



Fotografía núm. 1.—Relieve del altar mayor de Mahamud, obra plateresca del siglo XVI, de Jerónimo de Ambreros. Se supone que una de las mujeres que escuchan la predicación del Bautista es Salomé. Sentimientos perturbadores y aparentemente contradictorios se desarrollan en su mente. Es, en suma, la preparación de una síntesis entre el amor y la muerte.—Fotó núm. 2.—Pintura de Pedro Berruguete, en Santa María del Campo, de gusto italianizante. Salomé se apresta a la posesión de la cabeza del Bautista, no precisamente por un sentimiento de venganza sino más bien por un concepto intuitivo inconfesable de lo paradójico de la muerte, fuente reactiva del amor.



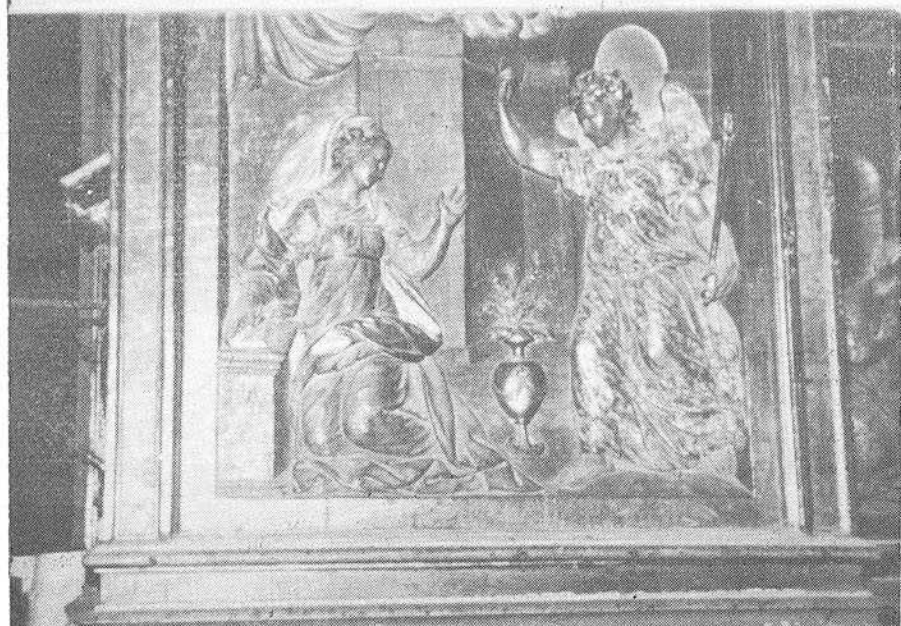
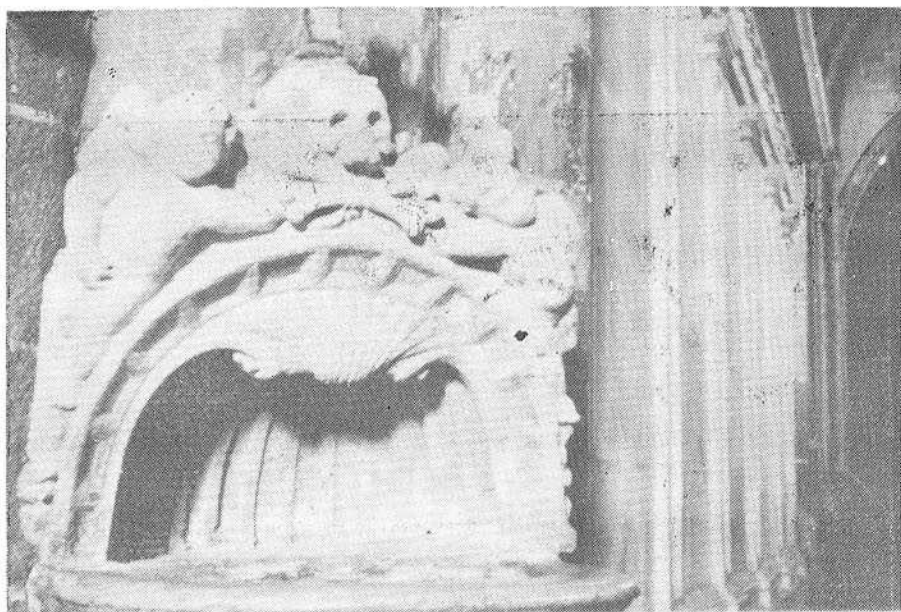


Foto núm. 3. - Símbolos decorativos muy repetidos, y muy del estilo plateresco español, es el de la muerte junto con la gracia de los amorcillos. He aquí un ejemplo en nuestro itinerario; pila de Santa María del Campo y un relieve de Mahamud.

Foto núm. 4 - Esta escultura de la Encarnación en el retablo plateresco de Santibáñez Zarzaguda es una de las bellas desconocidas del arte burgalés. El ángel, la Virgen y la flor lleno de gracia femenil, que conjugan el misterio trascendente origen de la Redención necesario a la humanidad para renacer a la vida eterna.

de dos tiempos, de dos eras, de dos cuerpos, de dos símbolos, en la filosofía de la historia, cuyas sombras aún merodean fantasmales por nuestras sendas, sobre este escenario único en contrastes, como es el de la antiplañicie de mi tierra chica.

Creo para ello poseer un sentido o sensibilidad favorable, acaso parecido al que atribuía a los estoicos de la antigua Grecia. Es algo así como aquel que sin haber estudiado nunca el pentagrama tratase de acordar una bella sinfonía, o que sin haber jamás dibujado, intentase con sentido estético armonizar colores en los lienzos sólo por el imperativo de una conciencia que le empuja por sentirse partícula de ese sonido y de ese color que le envuelve.

Hay una onda única de la creación, — decían los discípulos de Zenón — una especie de fuego eterno, y digo eterno por lo que tiene de intemporal, que es como super-ambiente con 4.<sup>a</sup> dimensión en que nos hallamos sumergidos, y forzoso es reconocer en él la dificultad de discernir o limitar dónde comienza la materia y dónde acaba el espíritu. Dónde se entra y dónde se sale de aquello que llamamos temporal.

Yo no sé si de haber nacido en otra época hubiese, (sin pretenderlo desde luego) haber rozado la herejía, si acaso hubiese sido un gnóstico, con algo de maníqueo. Creo que casi todos los herejes tuvieron una parte positiva en sus doctrinas, por lo menos la curiosidad de pensar por cuenta propia, y otra parte negativa, que fué la de dogmatizar también por cuenta propia, su pensamiento; pero también creo que gracias a las herejías consiguió la Iglesia providencialmente su firmeza apologética, ese pétreo apoyo constructivo de su fortaleza y unidad. Y es que, en efecto, toda fuerza está determinada por dos neocartesianas, positiva y negativa; incluso la materia, que es una simple energía viviente (no hay como sabemos materia inerte o quieta), se apoya, según los físicos más modernos, en la antimateria, es decir, en aquel misterioso elemento del átomo que creo llaman ahora el positron y neutrino. El dualismo contradictorio en nuestro propio ser es al mismo tiempo necesario, porque no cabe forma posible sin ese equilibrio constante de fuerzas antagónicas, ni sin la existencia de los mismos cabe definir siquiera una destacada personalidad humana.

En el fenómeno histórico, cuando se concentran y precisan puntos de esas fuerzas en la línea aparente del tiempo, los historiadores enjuician episodios con visión solamente parcelaria, pero lo cierto es que la línea continua u horizontal del tiempo no existe, no habiendo otra realidad que la de un cuadro único y viviente donde la línea que trazara el lápiz del dibujante pasa, repasa y se entrelaza para conseguir una expresión, porque el tiempo, repito, no es línea horizontal, sino un impulso

expansivo y ascensional de la mente humana. Nosotros somos el tiempo y por eso no nos concebimos a nosotros mismos, por no poder contemplarnos como sujetos y objetos a la vez.

Sin embargo, esta especie de idea o de idealismo estoico, claro es, no deja de ser una postura de filósofos. Sólo a los estoicos, el humanista Erasmo, les considera cuerdos o juiciosos. Hemos de reconocer, empero, que si se entiende por locura un estado mental de contrasentido o contradicción, entonces los estoicos somos mucho más locos que los cuerdos (4). Estamos algo así como sentados a caballo o encaramados en la cima del arco, en la clave de las dos fuerzas contrarias donde se juntan las nervaduras que allí converjen, dudando sobre en cuál de los dos brazos apoyamos nuestro peso. ¡Hermoso y angustioso sueño el de vernos sostenidos en esa bóveda o piedra angular de las contradicciones! Se diría que sólo una ley mecánica con transcendencia moral, ley de equilibrio de fuerzas, explicaría todas las posiciones de la historia de nuestros pueblos y de la historia de nuestras almas.

De ahí deduje, que un hombre como Erasmo, humanista entre los siglos XV y XVI, hombre, diríamos, resucitado entre los filósofos o los poetas de la antigüedad gentilicia, elogiase la locura, es decir, el contrasentido de las cosas. Y es que, en efecto, la vida se apoya en la muerte, el bien en el mal y la materia en la antimateria, como antes dijimos.

A mí me pareció encontrar meditando aquel momento histórico del mundo cristiano occidental que encuadraba muy bien en un itinerario de locura. Me voy a referir a un camino real que va hollando un paisaje de tierras austeras entre grandiosos horizontes de luz. Yo lo he contemplado en muchas ocasiones. Tiene un trazado casi triangular. Saliendo de Burgos, retorna otra vez a las proximidades del mismo Burgos, después de contar poco más de veinte leguas. Había sido recorrido lentamente tras un fétetro por una reina loca, y esto por un mero placer, por una especie de regodeo con la muerte. En este camino diríamos que se dan cita dos grandes linderos de la historia, los que los historiadores han dado en llamar edad media y moderna, y además, como veremos, se encuentra sobre él el eslabón para engarzarnos en la vida de toda una continuidad nacional. Puede, además, ser una encrucijada en el arte, en el pensamiento, en la religión, por lo que me va muy bien para proyectar (si queréis un poco derordenadamente) unos momentos sobre él una tesis más; la mía, acerca de la filosofía de la historia.

Me refiero, como ya habéis podido daros cuenta, al cortejo fúnebre

(4) Erasmo en el elogio de la locura «La ficción».—El hombre está hecho de tal manera, que la ficción hace más mella en su espíritu que la realidad».

de aquel príncipe flamenco Felipe el Hermoso, recorrido con la reina Doña Juana. Aquí apreciamos una síntesis histórica del momento mundial a través de la hegemonía universal que entonces jugaba Castilla.

Como en toda síntesis, debemos presentar elementos preconstruidos. En este caso, la muerte, la religión, la poesía, el pueblo, la realeza, el peregrino. Todos estaban presentes, llegados de muchos siglos atrás, para darse cita en ese itinerario fúnebre de la reina loca.

En efecto, dos misterios envuelven el no menos misterioso origen del hombre: el amor y la muerte. Algo común debe haber entre ellos, si es que ambos no son sólo uno con distinto ropaje o antifaz, o dos hermanos gemelos, como los describía Flembert.

Los extremos se unen en el círculo, por lo que el origen de la vida debe estar íntimamente soldado a su aparente fin. Los poetas, que suelen tener (pues en ello consiste en suma la verdadera poesía), grandes intuiciones filosóficas lo supieron expresar en todos los pueblos y bajo todos los lenguajes.

Los judíos, desde su más remota antigüedad en los enigmas de la kabala, en sus prácticas esotéricas, revelaban iniciaciones que, mediante unas veces números, otras símbolos, suponían penetrar en la profundidad de los enigmas tan consubstanciales a nuestra pasajera existencia: la inmortalidad y la transcendencia de destino.

Doña Juana de Castilla, desde estas tierras burgalesas, fue una experimentadora de la muerte. Ella sabía cómo la muerte había abierto violentamente camino en pocos años a sus hermanos y a los descendientes de sus hermanos. Analizó la muerte, yo no sé si con un criterio metafísico, el hecho es que, de todas maneras, lo hizo con una especie de recóndito placer que, lejos de consumir, infunde energía vital, por un equilibrio interno que la proporciona, de un lado, el amor (valor positivo), contrarrestado por el apagamiento de lo que de instintivo o animal tienen los celos (valor negativo). Acaso por esta situación compensada de pasiones, amor y egoísmo, consiguiera penetrar psíquicamente en la muerte con la satisfacción íntima de un científico que arranca secretos a la naturaleza.

A la vez que la reina practicaba su experimento, el arte y la cristiandad de aquel momento de comienzos del siglo XVI, realizaban el suyo. Es más, la locura de la reina diríamos no era mayor que la proyección de otra locura que en Italia venía produciéndose desde un siglo atrás; la locura de una sociedad medioeval para resucitar el arte pagano de una época que se consideraba anatematizada y muerta. Pero no nos extenderemos en el análisis más allá del cuadro de nuestro itinerario fúnebre, a cuyo símbolo nos hemos circunscrito.

La vida representó, como sabemos, una peregrinación para el hom-



bre (materialmente considerado), durante toda la edad media, ni los hebreos, gracias a la mística que mantiene su continua persecución y éxodo (5), ni los musulmanes en sus obligatorias peregrinaciones a la Meca, ni los cristianos, habían dejado de ser peregrinos, y precisamente, unos de sus principales caminos pasaba por Burgos.

Sin embargo, este símbolo de andar, de peregrinar, tan en boga en la edad media, no correspondía precisamente a esa especie de quietud, de paralización cerrada en varios silogismos que había infundido la filosofía de los escolásticos (6).

Cuando no se anda, los órganos de la progresión se atrofian. Hay un imperativo naturista en este concepto de la marcha. Se peregrina en la luz, se peregrina también en la oscuridad, y ésta pudiera ser por el continuo devenir de las cosas la peregrinación engañosa de la muerte. Pero el hecho es que, con aparentes pausas y diversos caminos, se asciende o converge hacia ese punto Omega tan en boga actualmente entre un sector avanzado de filósofos cristianos. Ese punto Omega pudiera ser como la verdadera piedra angular que es la clave del templo de Sion, y como dijo

---

(5) Exodo de los Judíos.—Muchos judíos fingieron convertirse para salvar su bienes pero continuaron a practicar secretamente su religión; es más, esta situación les sirvió de fermento o efervescencia, que lejos de debilitar a sus proscritos les sostenía en la mística del exilio, mediante la cual los profetas les enseñaron a obtener beneficio de esta desdicha (Deux Secrets pour une Espagne de Dominique Aubier).

La primera persecución de los judíos en España data del tiempo de Recadero. Sisebuto, en el año 612, juró no tolerar el semitismo.

Triunfa el año 589 la herejía de Arius. El credo de Arius, como sabemos, no admitía que Jesús poseyese la Divinidad. Esta herejía fue la preferida en España por los Visigodos, que, por otro lado, mostraron una gran indiferencia a los problemas religiosos (varios autores).

Exterminación de los judíos.—«El fuego está encendido (dice el cura de los Palacios, una especie de Hitler del siglo XV), se quemará hasta que sea necesario arder, hasta que sean muertos todos los que judaizaron, que non queden ninguno e aun sus hijos».

El cura de los Palacios se hacía eco de cierta indignación popular racista contra los falsos conversos o los judaizantes. Sus palabras parecían revelar una proclamación de exterminio.

El edicto dado por los Reyes Católicos el 31 de marzo de 1492, dicen se hizo para salvar aquella raza infeliz de los tumultos populares, tales como los que capitaneaba el cura de los Palacios. Amador de los Ríos crítica, sin embargo, esta disposición de los Reyes Católicos, como lo hicieron otros muchos autores del liberalismo. Cita al inquisidor de Córdoba, Diego Lucero, al que el mismo Menéndez y Pelayo califica de satánico, pues sepultaba a cuantos podía encontrar sospechosos de judaizantes, en los calabozos, y se empeñó nada menos que en pretender descubrir otro judaizante en el Arzobispo fray Hernando de Talavera.

A este respecto, es curioso que una autora francesa, moderna investigadora de cosas españolas, Dominique Aubier, pretende que el Cardenal Cisneros era en el fondo un judaizante en las mismas barbas de la inquisición.

El fanatismo almohade había desde el siglo XII expulsado también a los judíos que se refugiaron en Castilla, y esto explica la importancia de la judería de Burgos, y el número de juderías de esta nuestra provincia.

(6) Erasmo y los Escolásticos.—Erasmo califica los silogismos de los escolásticos como «impertinencias escolásticas».

el profeta Isaías, destruirá las mentiras de las apariencias de aquellos que de una u otra forma se creían en seguridad porque la alianza que se había hecho con la muerte será rota y el pacto con el infierno no subsistirá.

En el sistema Ptolomeico, se obligaba a los astros y al Sol a hacer cada día una enorme peregrinación por la bóveda de los cielos en torno al egocentrismo contemplador del hombre, pero simbólicamente tenían razón porque el hombre, al observar, abraza por su esencia antropocéntrica el universo entero. No podemos, sin embargo, hacer sinónimos los pensamientos de contemplar y observar. El primero, acaso el más sublime fenómeno de alta mística, presupone quietud. Porque la mente humana es generadora de tiempo cada vez que pretende aprensarse o verse a sí misma, no puede menos para contemplar que intentar frenarse o paralizarse; pero su actitud es casi siempre vana, y desde luego, sujeta a la elasticidad de la ligadura que arrastra su propio motor, fenómeno planetario del que no puede desasirse. El acto de observación, por el contrario mucho más humano, considera la movilidad misma de su medio, es decir, piensa apoyado en su propio movimiento (7).

El cristianismo tuvo un hermoso caminar desde sus comienzos. Culminó en el concepto universal o universitario del siglo XIII con una irradiación fulgurante. Lo consigue mediante un humanista anticipado, un hombre enamorado en cierto aspecto de la antigüedad, un filósofo de la escuela de Aristóteles, y éste fue Santo Tomás de Aquino. Pero después ocurrió lo que a aquel escalador que encuentra un bellissimo panorama en su ascensión y le llega la noche todavía ensimismado y quieto sin haber alcanzado la cima. Se creó un refugio para seguir contemplando. Le entró el sueño; al comienzo, un hermoso sueño bajo una noche estrellada, pero luego despertó (por esa ley de que la vigilia sigue al sueño), con las primeras luces de un amanecer impregnado en densas nieblas matinales. Algunos pensaron que necesario sería desentumecerle con dolor para seguir caminando hacia la cima. Sin embargo, Santo Tomás sólo había señalado una vía.

Fueron aquellos años, situados a partir del siglo XIII hasta el XVI, cuando en la ascensión de esa montaña la cristiandad se construyó el

---

(7) El espíritu contemplativo.—Dice Tehilar de Chardin en su libro *l'Avenir de l'Homme*: «Quelle partie pouvons nous imaginer. est elle spécialement chargée de sublimer, de spiritualiser, le travail général de progression et de conquete? Les contemplatifs et les orant, sans doute. Mais aussi certainement les malades, les souffrants. Par nature, par complexion, les souffrants se trouvent «comme chasés hors d'eux memes» poussés á émigrer hors des formes presentes de la vie. Dans la souffrance est caché avec une énergie extreme la force ascensionnelle du monde. Touto la question es de la liberer».

más bello de los abrigos. Simbolizaba nada menos que la creación, y ese refugio fue la Catedral gótica (8) unida al espíritu filosófico aristotelético que la inspirara. A lo largo de aquella hermosa inmovilidad, había de producirse una parálisis, engendradora también de una miseria. Era necesario ponerse en marcha, considerar o confesar la vana pretensión de seguir durmiendo, y conseguir como en aquella homilía (creo que la del 18 domingo de Pentecostés), el milagro que supone la curación del paralítico, casi muerto, para que pudiese seguir caminando.

Así vemos cómo en este aspecto de caminar, de despertar, se desarrolla el humanismo cristiano con toda su rudeza de contrastes, con toda, por qué no decirlo también, turbia o escandalosa agitación en la propia dualidad del alma, casi siempre incapaz de contemplación pura que no puede sustraerse a la curiosidad de un imperativo que la ordena siempre caminar y seguir observando.

El que aumenta su ciencia, aumenta también su pena, trabajo o angustia, que puede traducirse. (Lenguaje bíblico del versículo 18 de la primera parte del Eclesiástico).

Por eso vemos cómo entre los humanistas cristianos se destacan en Italia, un Pico de la Mirandola; en Rotterdam, el gran Erasmo, y en Burgos, puesto que aquí sólo nos hemos de concretar un Francisco de Vitoria (9), un Juan Maldonado, vicario de nuestra diócesis (10). Pero el que más se distinguió en este aspecto erasmista fue un monje benedictino originario de Cuéllar, que vivió y profesó en el monasterio burgalés de San Juan, Alfonso Ruiz de Virués (11). Para Virués, Erasmo era un ilu-

---

(8) La catedral gótica.—Se ha dicho en tratados y estudios sobre la Edad Media, que la Summa Teológica, la Catedral Gótica y la Divina Comedia soportan sobre sus arcaes todo el espíritu de la edad media.

(9) Pedro Vitoria, hermano de Francisco.— Comentando este fraile dominico a Erasmo en el convento de San Pablo, en Burgos, le critica en aquel pasaje del humanista, que decía se debía odeder más a Dios que a los obispos, como si la palabra de los obispos no fuese la palabra de Dios. En cambio, su hermano, el gran Francisco de Vitoria, creador del derecho de gentes, se muestra entusiasmado por Erasmo.

(10) Juan Maldonado Vicario, de Burgos.— Admiró de tal manera a Erasmo, que se dirigió a él sin conocerle, y le dijo que los españoles creían ver en aquel humanista holandés algo de divino, y esto no sólo por su gramática y retórica, «solo le aborrecen los sofistas, algunos frailes que apenas merecen llamarse hombres».

(11) Alonso Ruiz de Virués.— Alonso y su hermano Jerónimo, recibieron el hábito benedictino en el convento de San Juan, en Burgos. Para Virués, Erasmo era un iluminado del Espíritu Santo. «Es hombre ingenuo y libre en sus costumbres y doctrina. Es hombre que se precia sólomente de ser cristiano. Se muestra muy sabio en todo género de letras Divinas y humanas». «Sabía distinguir de la verdadera doctrina de la Iglesia las ilegítimas añadiduras y falsas interpretaciones».

Virués fue perseguido por la Inquisición por su carácter progresista, como también lo fue su maestro Juan Oria, por iguales razones. El Becerro de San Juan, de Burgos, describe físicamente a Virués con rasgos muy peculiares.

Cuando en la arena aquel fraile humanista se vió cara a cara con esos terribles inquisidores, no cejó ante los más fieros ataques y después de haber sido castigado, de levantar públicamente su voz ante las injusticias del santo tribunal y sus infames juicios, e impugnó su método de suprimir la heregía mediante las cárceles, la tortura y las hogueras. (Revista Páramo Volumen 3.º, página 65).

minado del Espíritu Santo. También Carlos V, el año 1527, dirige desde Burgos, a Erasmo, una cumplida carta de alabanza. Sin embargo, nada de cuanto criticara Lutero contra la Iglesia Romana, deja de estar contenido en germen en el «Elogio de la Locura», del escritor holandés.

Todos ellos fueron humanistas, pero grandes cristianos, espíritus a la vez fuertes y sensitivos. Fueron productos de una civilización occidental, civilización que nace de una contingencia y de una convergencia: el encuentro al nivel del Imperio de los Césares de un lado; el espíritu científico de los Griegos y también el derecho Romano. De otro lado la caridad, tal como fue predicada por Cristo.

¡Cómo escandalizaría durante mucho tiempo la influencia erasmática, no obstante ser aquélla una época de reforma! Véase, si nó, el juicio que, aun en nuestros días, Menéndez y Pelayo mantiene sobre Erasmo, a quien incluye, en determinado aspecto, entre sus heterodoxos, por el allanamiento que, mediante su espíritu crítico y el gracejo de sus sátiras, habían abierto al protestantismo:

«Católico débil de medias tintas que, desde el siglo XVI hasta aquí, virne dando un poco la razón a todo el mundo, empeñado en reconciliar a Cristo con Belial» (12).

Examinemos ahora el arte:

Ese símbolo que pretendo, un poco desordenadamente, estar construyendo (pues no puedo hacerlo de otra forma), — de un itinerario o de un cortejo fúnebre, camino hacia una resurrección— quien juega un papel en este itinerario, es precisamente nuestra Catedral de Burgos, que mejor lo representa. Hay en ella dos estilos, dos épocas íntimamente fusionadas, soldadas y en unidad perfecta de forma. Conjuntamente caminan. Hay una planta inferior, diríamos yacente, trazada como en Notre Dame, de París, dentro de un pensamiento escolástico o tomista del siglo de San Luis y San Fernando. Cuando el Renacimiento trascendió esa época, la

---

(12) Erasmo y Menéndez Pelayo. — Menéndez y Pelayo critica y subestima a Erasmo, y estima que, en el aspecto filosófico, no se puede comparar Erasmo a Vives. Su fama se debe, según este erudito, a la universalidad de temas que trató, y a la flexibilidad de su ingenio, al haber unido el amor de la antigüedad pagana y el cristianismo (esto es en suma lo que hicieron los artistas del renacimiento). Se debe, también, al carácter modernista de la época, con un espíritu de burla o de sátira, que se salía bastante de la acostumbrada pesadez tomística. Además hizo blanco en sus sátiras, a lo que él llamaba abusos, vicios y relajaciones de la Iglesia. El Elogio de la Locura lo ilustra con malignas estampas el dibujante Holbein.

Según Menéndez Pelayo, a fines del siglo XV no había herejes en España, por lo que la religión sólo estaba comprometida por el gran número de judaizantes y moriscos que ocultaban su apostasía.



arquitectura de muchas otras catedrales quedó paralizada. En efecto; suponía grande osadía concebir dentro de su estilo una forma mejor. Con frecuencia, en otros monumentos— en sus restauraciones o ampliaciones, se adosaron cuerpos que no guardaban una buena unidad entre ellos. Sin embargo, en Burgos, al comienzo del siglo XVI, sus artistas los Vallejos, los Colonias, los Siloe, no derribaron, no se contentaron tampoco con contemplar una forma pura para embalsamarla. Más acertadamente creyeron encontrar una bella durmiente, y la infundieron un mayor impulso del que pudieran concebir sus primitivos creadores, superponiendo sobre la planta gótica otra catedral flamígera, que con sus pináculos exteriores tiene, como su nombre lo indica, todo el movimiento, danza y gracia de la llama. Es luz que representa mejor las ansias de alcanzar otra luz más alta, mientras que por los ventanales de la catedral del siglo XIII y sus amplias vidrieras, ya era suficiente goce contemplar con admiración el espectro de colores inigualables que les llegaba desde fuera, pero sin osar salir a recibirles. Sin embargo, la principal valentía y perfección de esos artistas reformadores, fue la creación de la capilla del Condestable dentro de esa unidad exterior; es decir, un edificio que enganchan al cuerpo principal, capilla que es sólomente sepulcro, y dando al conjunto pétreo un sentido teológico entre la vida y la muerte; también se diría que la ponen en marcha por los campos de esta altiplanicie para observar mejor los misterios metafísicos del más allá, siguiendo en su cortejo el ejemplo de su reina Doña Juana.

Pero vemos también cómo en aquella época, dentro de nuestra catedral, van surgiendo detalles donde renacen decorativas muchas formas de la antigüedad de los gentiles, porque el arte renacentista, bastante influido del Pompeyano, es esencialmente decorativo. Crea formas, que aunque en parte importadas de Italia, más o menos directamente como el arte románico y gótico lo fue en Francia, toma, no obstante, carácter peculiar castellano, asociándose a nuestra luz y a nuestros horizontes, ya que no hay arte sin ambiente y sin paisaje. Este resurgimiento de la antigüedad —aun cuando no pocos lo han apreciado de tinte pagano—, lleva, mejor que otro sistema, el signo más optimista de la resurrección que es, en síntesis, la fe de Cristo.

Algo por el estilo resulta ser el humanismo, movimiento cultural que cabalga entre los siglos XV y XVI. Lo mismo que el arte, no obstante sus apariencias paganas, tenía mucho de evangélico por lo que representa una amable relación entre los hombres, por su sentir depurado de valores que aprecian en cada palabra y noble pensamiento del hombre una inspiración de Dios. Evangelización y humanización debieran considerarse conceptos inseparables. Los grandes artistas del paganismo, los

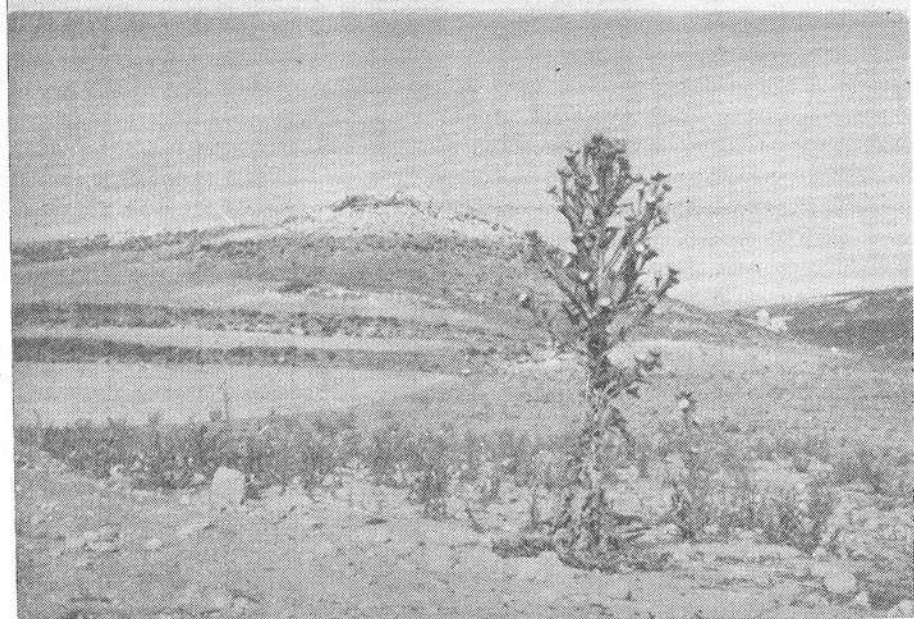
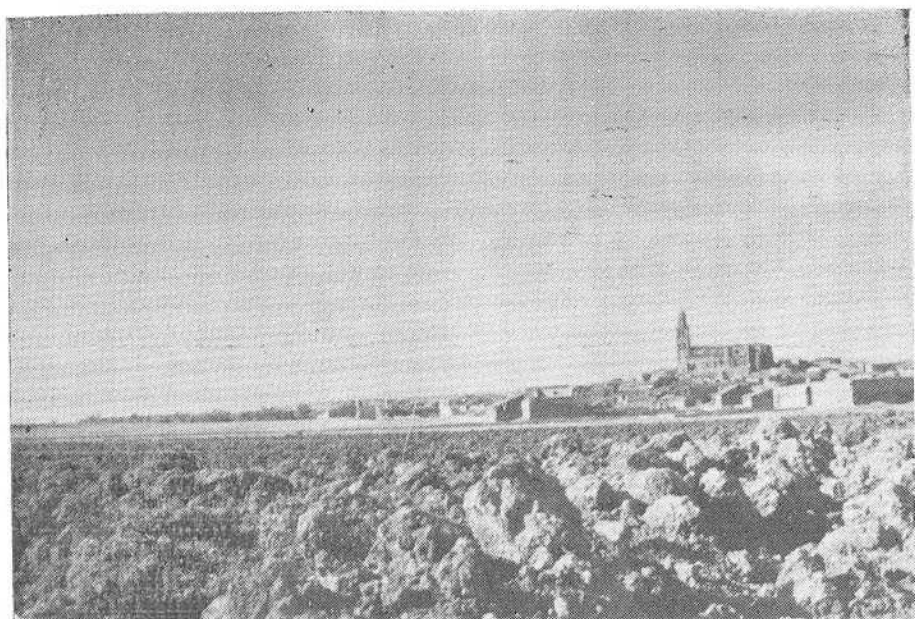


Foto núm. 5.—Paisaje en sentido telúrico en Santa María del Campo. Terreno muy herido por el cuchillo del tractor esperando mediante la humedad y la luz la resurrección segura de la planta. A la derecha se ve el cementerio moderno del pueblo.

Foto núm. 6.—Un paisaje con cardo o caña en una tierra de las proximidades de Mahamud, una especie de desierto de Tebas, propicio a reflejar toda la expresión a la vez esperanzadora y trágica que supone el misterio evangélico del Bautista.

poetas y los filósofos de la antigüedad, especialmente un Sócrates y un Platón en Grecia, un Cicerón en Roma, habían claramente poseído la intuición de Cristo, por lo que en sus obras resultaron verdaderos precursores y profetas de lo más trascendental de nuestra fe. Hay en ellos el primer germen de la libertad que habría de predicar el cristianismo.

El renacimiento español, que va íntimamente unido al llamado estilo plateresco, tiene precisamente una de sus depuradas formas en tierra burgalesa; es más, de aquí debió de irradiar a Andalucía y a otros lugares más próximos de Castilla. Este estilo tan fecundo en nuestra ciudad orna, como sabéis, muchas portadas, patios, torreones y ventanas de nuestros viejos palacios e iglesias, pero especialmente se le observa en el interior de nuestros templos, completando hornacinas o capillas que albergan sepulcros de distinguidos difuntos burgaleses.

Tenían, con frecuencia, esos artistas especial agrado en representar a la muerte. Se diría que, sin duda, sufrieron también la influencia de ciertos dibujantes centros europeos, tales como Holbein o Hans Vicher, intérpretes de danzas macabras. Este gusto u obsesión de representar a la muerte bajo el pretexto de una meditación cristiana, tenía no mucho también del pensamiento pagano, pero no estaba de ninguna manera reñido con nuestro credo, en su verdadero sentido, de que el morir era sólo renovarse para resucitar a la vida eterna.

Se encuentra, con bastante reiteración, este emblema de la muerte encima de conchas que adornan pilas de agua bendita, como ocurre, entre otras iglesias, en la de Santa María del Campo; la de Roa, sobre la estatua de María de Borja; la de Palenzuela. La hemos visto en los capiteles de la sala capitular del convento exclaustro de San Juan, hoy en restauración, donde hemos dicho que profesó Virués, aquel discípulo de Erasmo; en una portada del palacio de la calle de la Calera, y en ventanas del Hospital del Rey. Aparece, no pocas veces, la muerte alternando con angelitos o amorcillos en los adornos de muchos altares, tales como los de Jerónimo de Amberes en Mahamud y Pampliega, de íntimo sabor pagano e intercalada entre las hojas de acanto estilizadas o entre esas figuras grotescas que se prodigan tanto en el estilo plateresco, y que se dirían fruto de una imaginación perturbada. Buscando puramente efectos decorativos, aquellos trabajos ni se ejecutaron al azar, ni creo que tampoco lo fueran precisamente bajo una idea preconcebida. Son, sí, inspiraciones intuitivas de esa época cuyo significado aparece en conjunto y a una larga perspectiva de tiempo. Conservan todavía —bajo otro aspecto simbólico de su estilo —todo el encanto de un arte medioeval, que pocos años más tarde trataría de destruir el Concilio de Trento. Me parece ver hoy cómo entre las filigranas del plateresco se manifiesta esa obsesiva preocu-

pación del misterio de la vida y de la muerte, bajo el sello de una angustia naturista existencial tan propia del humanismo, idea que el apogeo de la época gótica había pretendido excluir de una manera demasiado sublime o demasiado simplista.

Un elemento decorativo que se repite mucho es la concha. Aparece frecuentemente como dosel de estatuas y figuras y adorna no pocas veces también los sepulcros de las capillas. Este elemento, que un siglo más tarde prodigó con menos gracia el arte barroco, tuvo, a mi entender, un origen decorativo funerario, que se encuentra con frecuencia en los sepulcros romanos. En los sarcófagos de la antigüedad pagana, como los que se guardan en el palacio Mattei y en la galería Burghese, se observan medallones con el retrato del difunto. También se ven ángeles que juegan con cintas y guirnaldas de flores y de hojas, o figuras grotescas de centauros y tritones, muy parecidas a las que mil quinientos años más tarde habría de inspirarse el arte plateresco. En uno de estos relieves sepulcrales hay una figura desnuda de mujer, dentro de una concha, que recuerda algo el mito del nacimiento de Venus. Se representa en ella a la difunta. Téngase en cuenta que el alma debe casi siempre aparecer desnuda, por lo que, acaso, la intención de los grandes escultores griegos al esculpir estatuas de dioses, sólo fue reproducir almas de santos. Hay junto al alma de esa mujer así representada otra figura más pequeña, que parece haber cogido en su mano una antorcha de relevo, del relevo de la continuidad de la vida. Las dos figuras se desenvuelven en un ritmo gracioso, lleno de movilidad, que encuadra muy bien el molde rígido u óseo de la concha. A mi ver, (todavía no se han puesto de acuerdo los arqueólogos) una escudilla que puede ser una concha lleva entre sus manos una Sibilla Cumea, que, como sabemos, es el oráculo que en la antigüedad predice el nacimiento de Cristo (13). Este duro molde desecado y fuera del mar, diríamos que tiene cierto parentesco con el cráneo. Este mismo símbolo de la concha se ha hallado en no pocos enterramientos de los primitivos cristianos. Frente al sepulcro de los reyes don Juan II y doña Isabel de Portugal, en la Cartuja, se puede apreciar por viejas litografías burgalesas, que existía abierta en el muro una de estas conchas. En la Iglesia del Monasterio de Oña, frente a una muy delicada estatua de alabastro de un abad u obispo allí yacente, existe otra concha abierta en el muro, que contenía (por cierto hoy ya desaparecido) una figura macabra, de estilo

(13) Oracula sibilina.—Las sibilas fueron profetistas oráculos de la antigüedad (Según Lactancio predijeron claramente el nacimiento, muerte y resurrección de Cristo. La Sibila Cumana que se la representa en algunos gravados con una especie de escudilla o concha entre las manos es el oráculo de la natividad del Señor.



Ríchiex, de cómo la cabeza del difunto debía encontrarse en el pleno fermento de su corrupción. Como contraste, la cabeza del Prelado se apoya en un precioso almohadón esculpido en la misma materia, con la representación de dos relieves— estilo juicio final, de la Capilla Sixtina— que no son otros que los desnudos perfectos de nuestros primeros padres en el momento que Dios les creó. El artista prepara de esta manera el germen de una vida que, por esa ley llamada de los contrarios, opone la belleza sensitiva de la carne a la fealdad aparente de la muerte.

Se ha dicho hasta la saciedad, que el arte plateresco español tiene una influencia árabe. Yo no soy, ni mucho menos, de esta opinión. No digo que no se le encuentre muchas veces asociado con algún motivo mudéjar, especialmente en algunas salas donde hay artesonado o que recuerde aún sin esta asociación por sus filigranas casi geométricas en su densidad de forma a los arabescos. Para mi ver, el plateresco burgalés y, en general, todo el plateresco español, aparece inspirado (acaso por las relaciones universales de Castilla y Aragón en este siglo, especialmente con Italia) en los indicados sarcófagos romanos, impresionados nuestros artistas en una cierta nostalgia de panteísmo naturista (14) propio de la época pagana, bueno para injertarlo en los muros de nuestros templos. Para sus ojos de creadores, en -esos artistas- la vida resultaba una transformación continua y exuberante de formas bellas y decorativas, y el misterio de la corrupción era precisamente la antítesis o fuerza negativa donde se apoyaba o cimentaba la fuerza positiva de la resurrección. Todo nace y se transforma en esa conjunción del amor y de la muerte; de ahí la enorme repetición de esos simbólicos amorcillos, que no se sabe a veces si son angélicos o son diabólicos, como un demiurgo. Y de ahí también el símbolo tan repetido de las hojas de piedra, que, como las naturales, venían a recordar que mueren en el otoño para resucitar vigorosas en la primavera.

Pero hay en este renovarse una fuerza dramática que se deriva directamente del Evangelio, con sus escenas vivientes. cada vez de mayor convergencia, de personajes positivos y negativos; personajes que, lejos de morir, se van repitiendo y vigorizando con el tiempo; así los fariseos, con mucha mayor sutilidad siguen hoy comprando a Jesús, y no pocos de los cristianos, con mayor ensañamiento, le siguen condenando a muerte. Todavía con bastante frecuencia se exige por Salomé la sangre de Bautista (15)

(14) Panteísmo.—También se apreció una influencia judaica en la filosofía panteísta del siglo XII, que coincide con Gundisalvo con las difusiones de la Kabala teórica y práctica

(15) Banquetes en la Italia del renacimiento.—Es muy curiosa la descripción que de estos banquetes hicieron escritores de aquella época como León Baustista Alberti, Gabriel de Barbeta o Baltasar Castiglione.

y muchos de nuestros banquetes en fiestas muy cristianas emularían a los de Epulón y a los de Herodes, y es que el Evangelio no es un código ni un decálogo. El Evangelio representa, ante todo, un drama perenne de infinita esperanza, siempre actual y ascensional en el tiempo, del más puro significado humanista, mediante el cual se desvanece toda duda sobre la afirmación de que la muerte es amor, la persecución o la injusticia es bienaventuranza, pero también el pecado es fuente de perdón y el sepulcro no ha de destruir lo que está destinado a una resurrección eterna, porque el dolor es el manantial más seguro de la dicha.

Ese despertar de lo que ahora denominamos civilización humanística fue simultáneo a un desperezamiento del espíritu, en un afán de libertad en el pensar, en cierto modo, como pensaron los antiguos, porque los artistas y los filósofos de la civilización greco-romana no tuvieron en ese aspecto ligaduras ni anatemas para coartar su mente. Los humanistas del Renacimiento procuraron imitarlos. En lo político, en la formación de las grandes monarquías, Maquiavelo, gran admirador de nuestro Rey Fernando el Católico, había observado, como Platón, la necesaria y fatal evolución de los hombres, iniciando científicamente los primeros pasos de lo que resultaría mucho más tarde el Estado social o el socialismo. Resurge también en ese tiempo como un movimiento de rebeldía parejo a la libertad de expresión, y Erasmo es uno de sus representantes. Gracias a su sátira graciosa y mordaz, pero altamente constructiva para el humanismo cristiano. Pretende arrancar mediante sus coloquios, mediante su elogio a la locura, todo un disfraz de falsos profetas. Hay como un desafío por desenmascarar un sector de la cristiandad tan necesitado de reforma, porque su paralización le había corrompido. ¿Qué nueva clase de fariseos es esta? Exclama el monje de Rotterdam, en uno de los pasajes del «Elogio de la locura» (16).

---

(16) Erasmo en el elogio de la locura.—¿Qué clase de fariseos es esta? la mayor parte de las gentes (se refería desde luego a los frailes) tienen tal confianza en sus ceremonias que ellos mismos están persuadidos que el cielo será demasiado poco para recompensarles de una vida transcurrida en la observación de tan bellas cosas. Pero Jesucristo interrumpirá en ellos todas esas íntimas vanidades diciéndoles ¿Qué nueva clase de judíos es esta? Yo he prometido el reino de mi padre sólo a los que practican la caridad.

La situación de una buena parte del clero en aquella época anterior a la reforma queda claramente expresada por Erasmo en estas frases: «Muchos predicadores aluden claramente a alguien, y en sus ladridos obran como aquel cancerbero que no dejaba de aullar hasta que le echaban algún buen bocado».

A este propósito se recuerda algunos pasajes de la liturgia del 18 Domingo de Pentecostés: «El hombre Dios decía al pueblo hablando de los doctores judíos, haced lo que predicán, pero libraros muy bien lo que hay que hacer, pues jamás hacen nada de lo que dicen».

Por eso, en la sinceridad y espontaneidad de los locos era donde únicamente encontraba Erasmo signos de verdadera cordura. Erasmo, en su tono jocoso, hubiese, sin duda, aprobado la actitud de la reina doña Juana (17).

Habría que saber apreciar, en efecto, las peripecias de ese largo itinerario fúnebre por las tierras burgaleses, palentinas. De no haber sido un hecho rigurosamente histórico, y no haber tenido necesidad para su creación del apoyo de la leyenda, su invención figuraría hoy entre las obras cumbre del espíritu. ¿Qué mayor originalidad y rebeldía que la de retar a la personificación abstracta de la muerte?

A tanto no llegó don Quijote, si bien se preció un día de descubrir el encanto del misterio de la muerte, al descender al abismo de la cueva de Montesinos (18), con la visión de un hombre yacente en carne y hueso: el caballero Durandarte, encantado por Merlin, al que, como a Felipe el Hermoso después de muerto, le hubieran arrancado el corazón para llevarlo a Flandes. Pudo muy bien Cervantes haberse inspirado en la anécdota histórica, todavía relativamente reciente, de la Reina de Castilla, tanto como de Durandarte y de Merlin de los libros de caballería.

Pero para comprender aún mejor la bella trascendencia y el significado de la muerte no bastaba solamente la fe indispensable de la otra vida, era imprescindible también la ayuda de los poetas y ésta se daba aquí. Y ahora me diréis: ¿Qué más poesía que la de una noche estrellada en la meseta de Castilla? ¡Oh tierras del Arlanzón, del Arlanza, del Pisuerga y

---

(17) También de Erasmo en el elogio de la locura.—¡Oh tu que aspiras al sano juicio, pesa antes, te lo ruego todas, las penas, todas las inquietudes que de noche y de día desgarran tu alma, piensa en las espinas que esta cordura siembra en todos los instantes de tu vida, entonces es cuando conocerás de cuantas desdichas preserva la locura a sus favorecidos!

(18) La cueva de Montesinos capítulo 2.<sup>a</sup> parte del Quijote.—Descendió a don Quijote o lo hicieron descender atado de una cuerda a aquella sima, como sabemos. ....» y sin procurarmelo me saltó un sueño profundísimo y cuando menos lo pensaba, sin saber como ni como no desperté dél (Aquí pensamos que fuese el sueño de la muerte), y me halle en la mitad del mas bello prado, deleitoso y ameno que puede crear la naturaleza. Desparbilé los ojos, limpielos, y ví que no dormía...»

Montesinos, (un ser ya del otro mundo) —nos relata Cervantes— muestra a don Quijote como despues de la muerte del caballero Durandarte hubo de sacarle por su propio encargo el corazón para enviarselo a la dama Berlema, y eso habia ocurrido hacia mas de 600 años en tiempo de los celebres pares de Francia y de la batalla de Roncesvalles. Montesinos condujo a don Quijote a una sala donde habia un tumulto sobre el cual yacia un caballero de carne y hueso todabia insepulto, el caballero Durandarte, flor y espejo de los enamorados. La muerte se habia producido por el encantamiento de Merlin, aquel sabio encantador que dicen eran era hijo del del diablo.

del Esgueva, donde se sitúa esta nueva Mancha de la dama errante retadora de la muerte!

Doña Juana recorría esos ásperos caminos, fríos e inclementes, de su fúnebre y larguísima procesión tras el cadáver de un ser amado. Había en la Reina como una voz rugiente y contenida de leona de Castilla. Diríase que bajo aquellos cielos invocase la trompeta de David, como diciendo: Hea, date prisa, a que esperas, suena ya, disipa las tinieblas de la noche ¿No tenemos los cristianos anunciada nuestra resurrección renaciendo nuevamente a la vida? Sí, en efecto para comprender esta grandeza fueron necesarias la negrura de la noche, el brillo de las estrellas y la enorme perturbación de una mujer paridora de imperios.

No debía faltar en el itinerario o encrucijada burgalesa a que nos estamos refiriendo, otro personaje contradictorio trascendental de la historia de España: Cisneros. Recibió su capelo cardenalicio en la iglesia de Mahamud, en el apogeo de la vía fúnebre, para no perturbar en Santa María del Campo donde residía aquellos días la Reina Juana, el sueño encantado de su esposo don Felipe, todavía insepulto.

Este monje franciscano, de espíritu austero y reformador (19) no podía menos de mostrarse en esta encrucijadada filosófica de nuestro itinerario. También sabemos que admiró a Erasmo y pidió su crítica o parecer referente a los trabajos de la Biblia Completunse en Alcalá de Henares. Con el símbolo de su cordón, que ciñe el hábito franciscano, logró providencialmente sostener o atar la unidad española, puesta de nuevo en peligro de ruptura. Algunos años después venía a morir en Roa, bien próximo a las tierras de nuestro escenario. Acostado en una litera fue desde el convento de la Aguilera hasta la casa Palacio de Siruesa en Roa de Duero, auto-experimentando su muerte, casi como lo hiciera Carlos V en los funerales anticipados de Yuste (20). El brazo férreo, sujetador de nobles y magnates anárquicos, el conquistador africano de Orán, el convertidor de judíos y moriscos, sin cuya presencia en la historia hoy día sería imposible concebir la continuación de la empresa de Fernando e Isabel, iba despidiéndose de la tierra a través de los viñedos dorados de la rivera arandina, viñedos que recordaban las parábolas del

(19) Según León Rosmihal el clero de España (mas bien se referia al clero regular) desentendidos de la religión vivían como animales brutos (esto tan generalizados no deja de ser una enorme exajeración) Cisnero —añade— se adelantó casi medio siglo a la reforma de Trento.

(20) Funerales de Carlos V.—El emperador en su retiro de Yuste tuvo el gusto extraño de celebrar varias veces sus propios funerales asistiendo a ellos. ¡Extraña coincidencia heredada de su madre doña Juana la de irse familiarizando con la muerte!



évangelio, como caballero andante que siempre fue su vida; (21) ceñidas sus pobres ropas franciscanas con el mismo cordón que sirviera para recomponer la unidad española casi recién salida del feudalismo medioeval y debidamente sujetados incorporar sus trozos a una nueva era de la historia.

Era Cisneros un hombre contradictorio. Con la contradicción de esas energías cósmicas a que nos venimos refiriendo. Su personalidad estaba equilibrada por fuerzas en un total antinomismo, la altanería y la humildad, la sumisión y la soberbia, el pacifismo y la belicosidad, la tolerancia y la más feroz de las intransigencias. Bello ejemplo de férrea unidad dentro de la dualidad de la naturaleza humana. ¡Bella bóveda altiva de una construcción medioeval sostenida por la fuerza de los arcos arbotantes de su propia contradicción! ¡Simbólico y misterioso cordón del franciscano que ha de servir el día del juicio para unir el alma con el cuerpo!

¡Ejemplar único de la filosofía de la historia del humanismo español que al morir quiso un momento ser como semilla incorporada a la tierra burgalesa donde convergía la unidad de España! La tierra de este itinerario de locura que ha sido el objeto de nuestra disertación.

PROSPERO GARCIA GALLARDO

---

## Contestación del académico Sr. Lizondo Gaseuña

EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES; SEÑORES ACADEMICOS; SEÑORAS Y SEÑORES:

La vida silenciosa, aunque no apagada ni inerte, de D. Próspero García Gallardo, encubre una individualidad humana de la más recia contextura espiritual. Su innata aptitud para los empeños artísticos e intelectuales, y su vocación reflexiva para llevarlos a buen fin, han enriquecido el caudal de su cultura, cimentándolo sobre bases de perenne lozanía. Tiene terminados y oficialmente reconocidos los estudios de la carrera de Derecho y algunos de Filosofía y Letras. Posee igualmente

---

(21) Cisneros caballero andante.—Dice Marcadal en su biografía sobre Cisneros: «necesita vivir de pie y on movimiento continuo, cabalgando en su mula por los campos infinitos de Castilla, estudiando, discutiendo o soñando empresas.

profundo conocimiento de la lengua francesa, que domina, y de la cultura del país vecino, adquirido durante tres años de estancia en un Liceo de Laussane. Desde el año 1956 desempeña el cargo de Agente Consular de Francia en Burgos y Palencia, habiendo merecido como tal la condecoración de Las Palmas Académicas y la de Caballero de la Cruz Negra, que le fueron otorgadas por el Gobierno de aquella nación. Sin ser profesional de la literatura, ha cultivado y cultiva algunas de sus formas, colaborando en periódicos y revistas diversos, españoles y franceses, por ejemplo, el viejo y ya desaparecido «Nuevo Mundo» y «A. B. C.», de Madrid, y, por supuesto, con asiduidad mucho mayor, en los diarios locales de Burgos y el Boletín de la Institución Fernán González. Pero son sus trabajos dedicados a la investigación histórica y las cuestiones de orden artístico donde su buen gusto, su perspicacia, su delicada sensibilidad y su hondísima preparación más se ponen de manifiesto y, naturalmente, los que han fundamentado su acceso a esta Corporación nuestros justos y unánimes sufragios.

Concebida la investigación como uno de los elementos instrumentales de la Historia, cuyas fuentes escritas o arqueológicas nunca dejan de ofrecer al ufano explorador el interés de sus sugerencias o el beneficio de sus enseñanzas, no se considerará ocioso recordar ahora de cuán diferente manera puede ser entendida en su concepción, realizada en sus posibilidades y transmitida en sus descubrimientos, esta fértil y trascendental labor. A tal respecto, parece oportuno distinguir dos especies o castas de investigadores. Una, la de aquéllos que, apoyándose rígidamente en la virtualidad de su sistema y en la perfección de sus métodos, buscan con preferencia la fría exactitud del dato, que será más o menos valioso y convincente según pueda o no articularse con los demás ya conocidos, o bien se conceptúe punto de arranque de posteriores hallazgos. No puede negarse que este rigor científico, primordial característica del sentido moderno de la Historia, muy pagados de exactitudes, pruebas, causas y efectos, se halla contrapesados por una indudable ausencia de vibración emocional. La otra raza de investigadores comprende los que prestan a la Historia, junto a la bondad de los materiales descubiertos, una personal actitud de apasionada entrega, que les induce a identificarse con el suceso o personaje objeto de su mirada analizadora, a los que envuelve en una atmósfera de cálida simpatía. En éstos, y de ellos es García Gallardo, sobre la sequedad del punto de visto meramente científico, priva la emoción artística y, por tanto, la amenidad, la viveza y el dramatismo propios de la historiografía clásica.

Al lado de los dos citados sistemas de investigación histórica, el frío y el apasionado, surge a veces por esos mundos de Dios una tercera fór-

mula de trabajo, en que se han reducido al límite el esfuerzo y las dificultades. Nada de escudriñar en archivos, de descifrar documentos, de acopiar datos, apuntar observaciones o concretar apostillas o comentarios. El método a que se alude pasma por su maravillosa simplicidad. Del estante o Biblioteca mas próximos se saca el mamotreto elegido como víctima propiciatoria, y se reproducen al pie de la letra, vulgo fusilan, algunas de sus páginas, sin poner, ni que decir tiene, en la porfía otras palabras de la propia minerva que las indispensables a la veraz declaración, casi nunca suprimida, de que nada de aquello se ha cocido en el magín del firmante, sino en el del autor tal o cual, a quien se le ha apañado tranquilamente, pues ya se sabe que lo que hay en España es de los españoles. Y los artículos, por lo común kilométricos, de tan expeditivo modo elaborados, van a parar —¡a ver qué vida!— a las hospitalarias columnas del órgano publicitario de turno. Arbitrio semejante, de una técnica tan elemental y de una sencillez tan conmovedora, tiene sus ejecutores, en verdad harto pocos, mas euenta, en cambio, con numerosos adictos y algún valedor que otro de la máxima categoría. Pero visto el caso sin las antiparras del optimismo, o el enfoque de la bonachona condescendencia, no puede menos de apreciarse en él una inequívoca falta de seriedad.

Acabada esta digresión, que no debe juzgarse impertinente, pues al fin y al cabo también nosotros estamos haciendo un poquito de historia, volvamos la vista a lo nuestro, que es de discurrir un rato acerca de la personalidad de D. Próspero García Gallardo, como deleitante de la investigación histórica y artística, así como de otras muchas expansiones del espíritu. Claro es que en el empleo del referido título no hay sombra alguna de desestimación ni desconfianza. Deleitante, es decir, que siente de leite y amorosa complacencia con el examen reposado de los viejos in-folios, en el pasear por los claustros silenciosos del acogedor Monasterio, en la contemplación de las olvidadas ruinas del monumento que fue, o el valioso cuadro, o el retablo venerable, o la patética estatua yacente, para ofrecernos de todo ello después su clarividente interpretación en una prosa suelta, jugosa, mesurada y limpia. Es también un apasionado admirador de la Naturaleza, cuyas hermosuras proporcionan a su alma disfrutes inefables y que igualmente inspiran a su pluma descripciones de indiscutible eficacia poética.

Todas las excelentes dotes que se van señalando pueden advertirse, por no alargar demasiadamente las citas probatorias, en los dos trabajos que bajo los epígrafes de «Silos durante la francesada» y «Thiebault, gobernador de Burgos» ha publicado en el Boletín de la Institución. En el primero resume, comenta y puntualiza animadamente, basándose en

las viejas memorias manuscritas de dos frailes benedictinos de aquel cenobio —el Padre Baltasar y el Padre Domingo de Silos Moreno— los trances, peligros y profanaciones sufridos por el Monasterio en la etapa histórica mencionada. En el segundo recoge minuciosamente y analiza comprensivamente al actuación del famoso general de Napoleón, deducida asimismo de sus memorias, mientras estuvo al mando de nuestra ciudad en la misma heroica cruzada. Y cada cual de ambos trabajos es un estudio completo, en torno a las citadas figuras, por él muy admiradas, de la vida burgalesa de entonces y de la gravedad de los problemas que la embargaban.

Otros muchos artículos, crónicas y ensayos de Historia, Arte, Arqueología, tradiciones, leyendas, viajes, amena literatura e incluso cuestiones científicas y filosóficas, publicados en nuestro Boletín y en otras revistas y periódicos franceses y españoles, dan fe de la amplitud de sus conocimientos, de la variedad de sus gustos y tendencias y, en resumen, de la preocupación humanística de su entendimiento, en continua y fecunda ebullición. No podemos, sin embargo, prescindir de hacer una mención especial del artículo «Un paseo por El Toboso», inserto el 27 de mayo de 1965 en la burgalesa «Voz de Castilla», y en el que se conjugan los primores de un estilo entre irónico y sentimental con la penetrante visión de los paisajes manchegos, por donde un día derramara la grandeza de su ideal el héroe de Cervantes. Una correría por esas tierras, descritas en su actual estado, le permite al escritor de hoy presentar unos cuantos tipos con quien se encuentra y dialoga, y que le ayudan a evocar aquellos otros que de algún modo figuraron en las andanzas quijotescas. Esta crónica viajera, verdadero alarde de gracia y de ternura, hace recordar, sosteniendo airosamente la comparación, las que a principios de este siglo escribiera Azorín, incluídas luego en su deliciosa «Ruta de Don Quijote».

Nada de lo dicho por mí, en los juicios que anteceden, acerca de la obra total del señor García Gallardo, y en las palabras de los que esa obra me sugiere, parecerá excesivo a quienes acaban de escuchar la lectura de su discurso. Representa éste según lo hemos podido percibir, un estudio completo, verdadero ensayo diríamos, si el ensayo debe comprenderse como asociación de la ciencia o el arte con la literatura, de los aspectos histórico, artístico, religioso y filosófico que caracterizan un momento particularmente significativo de la cultura burgalesa en los albores de la Edad Moderna. Un nuevo concepto de la vida aparece en dicha coyuntura, dando impulso y sentido a los anhelos espirituales, así como a las formas todas de la convivencia social, al soplo de las primeras auras renacentistas. Su influencia se ejerce en todas direcciones y son los resul-



tados de esa influencia lo que la síntesis de García Gallardo concreta, relación y unifica en su mencionado estudio. Los grandes méritos de éste quedan pues cumplidamente patentizados.

Esta Institución siente una sincerísima estima hacia la labor que don Próspero García Gallardo, realiza en unas zonas de la cultura que tanto tienen que ver con las que su propio ministerio incumben. En la personalidad moral del Sr. García Gallardo ocupa rango muy principal la modestia; la modestia, que cuando no es postiza ni sonsacadora, sino connatural del espíritu en que radica, figura entre las más preclaras virtudes del alma humana. Modestamente, calladamente, generosamente, viene desarrollándose dicha labor. En reconocimiento de lo que ella tiene de enjundiosa aleccionadora, y en la certidumbre de que su cooperación sólo bienes a de proporcionar al común acervo académico, le hemos llamado a ocupar un lugar entre nosotros. Al darle la bienvenida en nombre de todos, digo, para terminar, que todos nos felicitamos de tenerle desde hoy en nuestra compañía.

#### JULIAN LIZONDO GASCUEÑA

\* \* \*

\* \* \*

\* \* \*

\* \* \*